

otra condena a las chicas al cumplimiento de un programa que tiende a escamotear y desfigurar su naturalmente diferenciada entidad de mujer, sustituyéndola por otra diferenciación meramente histórica y más reducida, la de sexo débil, a quien únicamente conviene la posesión de los mágicos secretos del arte musical, aunque sólo sea para mantener el gozoso buen tanto por ciento que de sacerdotisas o delicadas embaucadoras les atribuimos los hombres, con lo que a la vez quedan inutilizadas no ya para el ejercicio de profesiones que requirieran una gran potencia muscular, como las de albañil o futbolista, sino para otras de mayor poder social, y para las que parece conveniente una gran dosis de carácter, responsabilidad o energía, como pueden ser las de rector de Universidad, director de cine, ministro o coronel del ejército.

Que estos cargos y aquellas cualidades necesarias para ejercerlos son cosa de hombres es algo muy sabido desde hace bastante tiempo, y salta ciertamente a la vista al contemplar la recia estructura de la organización social española. La imagen decimonónica de la señorita que toca el piano, lo que era de tan buen tono por aquellas calendas, se lleva muy poco en la actualidad, porque a las señoritas de hoy les gusta muy poco quedarse en casa tocando el piano, y prefieren salir a bailar hasta partirse el alma, para lo cual no necesitan preparación alguna, y resulta ya más asequible incluso para las chicas trabajadoras. De hecho, las orquestas, los directores y grupos musicales están compuestos en su mayoría, cuando no en su totalidad, por hombres, de manera que resulta anacrónico mantener a ultranza criterios académicos que la vida manifiesta haber desbordado en la realidad. Hace unos días me lo decía una profesora de Instituto, pianista y gran admiradora del maestro Rodrigo: "Mejor es que los chicos aprendan solfeo y estudien música, como es debido a que anden por ahí con las melenas tocando charangas eléctricas, que ya se ha muerto más de uno". Comprenderíamos mejor que desde las actuales pretensiones tecnocrá-

ticas y desarrollistas de los sociólogos y economistas, futuribles racionalizadores de nuestras energías, la música no pareciera una capitalización humana rentable como el estudio de los conjuntos, incluidos en las Matemáticas de Primaria y Bachillerato el curso pasado; pero desde los supuestos decimonónicos sobre los que parece haberse regulado la discriminación que nos ocupa, bien podría tenerse en cuenta que acaso estemos perdiendo la posibilidad de que surjan nuevos genios musicales émulo de Mozart y Chopin, lo que para mucha gente permitiría ofrecer a la juventud modelos dignos, evitando así la imitación a Beatles y demás melenudos, creadores de pretendidas músicas subterráneas y subversivas y, según dicen los bienpensantes defensores de la moral de Occidente, creadores también de un modelo de vida en que ya no se sabe quién es quién, porque, admiradores del unisexo, los hombres están perdiendo aquel aspecto brusco y dominador por el que se chiflaba "la mujer de pierna quebrada y en casa". ■ F. ALMAZAN.

## ARTE

### Las pinturas rupestres de la Cueva del Niño (Albacete)

El día 1 de mayo de este año, tres jóvenes excursionistas descubrieron unas pinturas rupestres en una cueva del término municipal de Ayna, situado a poco más de cuarenta kilómetros de Hellín, en la provincia de Albacete.

Aprovechando el día festivo y animados por lo mucho que habían oído hablar de la cueva, conocida ya desde antiguo entre los habitantes de la co-

marca con el nombre de Cueva del Niño, Benito García Roldán, Esteban Rodríguez Tercero y su hermano, Emilio Rodríguez Tercero, los tres del vecino pueblo de Peñas de San Pedro, emprendieron la tarea de explorarla. El lugar donde la cueva está situada es de difícil acceso. Se puede llegar en coche, a través de caminos forestales, hasta sus



proximidades, pero la última etapa debe hacerse a pie por un terreno tan abrupto y escarpado que exige varias horas de penoso ascenso. La cueva se encuentra en la ladera Norte, a unos doscientos metros de altura del llamado Barranco del Infierno, que vierte sus aguas en el profundo cañón en que tiene su lecho el río Mundo, tributario del Segura, bajo el monte conocido por Peña de la Albarida, en las estribaciones de la Sierra de Alcaraz.

La Cueva del Niño es, vista desde fuera, una brecha horizontal de aproximadamente un metro veinte de altura por cuatro veinte de longitud. El interior consta de dos salas, separadas entre sí por una cortina de estalactitas y con dos divertículos o cavidades laterales. Los jóvenes penetran en la cueva, contemplan las formaciones geológicas y, mientras estaban allí dentro, se dedicaron al trivial y excitante pasatiempo de perseguir a los murciélagos que en la cueva se albergan. Uno de los animales buscó refugio en un agujero de una pared lateral, y sus perseguidores, al iluminar la pared para encontrarle, descubrieron las pinturas rupestres.

El hecho fue comunicado a las autoridades del pueblo y

al director del Museo de Albacete, don Samuel de los Santos, quien envió un informe al Museo Arqueológico Nacional. Posteriormente visitaron la cueva el director de esta última institución, el arqueólogo don Martín Almagro Basch, así como su hijo, conservador del Museo y director de la Sección de Prehistoria, don Martín Alma-

gro Gorbea. A ellos nos hemos dirigido para tratar de determinar la importancia arqueológica de la cueva, al margen del entusiasmo que su descubrimiento ha despertado lógicamente a nivel local.

Ambos arqueólogos se muestran de acuerdo en afirmar que la significación de las pinturas rupestres halladas en la cueva reside, no tanto en las pinturas en sí, como en la región en que se halla emplazada la cueva. Si estuviera situada en el Norte de España, esta cueva sería una más de las allí existentes, inferior con mucho a la de Altamira o a la de Tito Bustillo. El interés de la del Niño radica en que está en una zona en la que hasta ahora no se había encontrado arte paleolítico. Las pinturas rupestres de la región levantina, en efecto, se encuentran, más que en cuevas propiamente dichas, en abrigos formados en la piedra. Sus motivos pictóricos, su factura y su emplazamiento tienen un carácter muy distinto al del arte paleolítico. Se le ha denominado arte epipaleolítico y es mucho más moderno que el de las grandes cuevas de la región franco-cantábrica. Pero las pinturas de la Cueva del Niño, próxima a Hellín, como hemos dicho, y perteneciente por tan-

to a esta región levantina, son propiamente paleolíticas. Entre las figuras representadas hay cabras y ciervos, que se encuentran todavía en las representaciones posteriores, pero hay también un caballo salvaje, animal que se cree se extinguió en Europa en el Paleolítico y que no volvió a aparecer hasta que fue traído procedente de Asia, como animal domesticado. La composición y trazo de las pinturas de esta cueva son igualmente característicos del Paleolítico.

Por lo demás, no puede afirmarse con certeza por ahora a qué período del Paleolítico correspondan. El doctor Almagro sugiere provisionalmente que pudieran ser del Magdaleniense, es decir, de unos diez a quince mil años de antigüedad, aunque esto no podrá determinarse mientras la cueva no sea estudiada. Hasta ahora, lo único que se ha hecho ha sido cerrarla con una reja de hierro a fin de evitar que entren en ella los excursionistas. La arqueología se ha convertido en nuestros días en un producto de consumo y es preciso evitar que los visitantes ocasionales, como decía gráfica y humorísticamente el mismo Almagro Gorbea, «se lleven los restos y huesos que encuentren en la cueva y pongan de paso "Pepe" en las redes». En la Cueva del Niño se han hallado, en superficie, restos neolíticos que indican que fue habitada en épocas más recientes. Como la cueva se ha ido enterrando, la excavación descubrirá las diversas etapas por las que ha atravesado, hasta encontrar tal vez la etapa paleolítica en que fueron hechas las pinturas. Los trabajos de estudio y preservación durarán algo más de un año.

Un breve examen del mapa del arte paleolítico en España puede hacernos comprender muy claramente la importancia que los arqueólogos conceden a la Cueva del Niño. Las pinturas rupestres de esta época se encuentran en la región Norte (Altamira), en una franja al Sur de la Península (cueva de Nerja) y en la provincia de Cáceres, donde hay una sola cueva. En toda la región levantina no había hasta ahora ninguna muestra de este arte y, por ello, la Cueva del Niño aporta luz respecto del posible eslabón entre el arte paleolítico y el epipaleolítico levantino. El descubrimiento del primero de mayo ha sido ya objeto de una comunicación de Almagro Gorbea al Congreso Internacional de Arqueología, celebrado en Santander a mediados de septiembre de este año. ■ L. C.